

un árbol. Simon el mago quiso ser engrandecido ejerciendo su arte embaucador para ser ensalzado y pagó su atrevimiento estrellándose en presencia del pueblo que le contemplaba.

Por el contrario ¡de qué medios tan maravillosos se vale la Providencia para elevar á los que por su humildad ocultan á los ojos del mundo las bellas cualidades que les adornan y distinguen! Benito desea pasar en el desierto una vida escondida en Dios por amor á Jesucristo, y Dios le saca del desierto para que se cumplan los altos designios de su Providencia.

La silla abacial del monasterio de Vicovaro se hallaba vacante y los monges eligieron á Benito para que la ocupase. Su grande humildad le hace renunciar repetidas veces tan honorífico cargo, pero al fin cede á las repetidas súplicas y acepta. La relajacion de la disciplina monástica, habia entrado hacia algun tiempo en aquel monasterio. El Santo Abad conoce sus deberes y apenas toma posesion del báculo, introduce todas las reformas que le parecian necesarias, á fin de conseguir que se observase en toda su pureza la santa regla por la cual se dirigian. ¡Vano empeño! Aquellos monges se resisten á aceptar las saludables reformas, y arrepentidos de su eleccion, conciben el mas criminal proyecto contra el Prelado. Colócanle veneno en la bebida. Un prodigio obrado por Dios á favor de su fiel siervo le preserva de la muerte. Al bendecir la bebida, salta en pedazos el vaso que la contenia. El delito fué descubierto: pero Benito, imitador de Jesucristo, que pendiente del árbol de la Cruz, pidió á su Eterno Padre perdon para los mismos que le acababan de crucificar, perdona á sus hermanos, se despide de ellos y torna á su amada

soledad, donde ruega en fervorosa oracion por los que en su obstinacion habian tratado de concluir con su vida. Abnegacion y humildad que tan solo puede encontrarse en los héroes de la religion cristiana.

Restituido nuestro santo al desierto forma allí una escuela de perfeccion. Fueron tantos los que acudieron á ponerse bajo su direccion, que llegó á fundar hasta doce monasterios en el desierto de Sublayo, componiendo la regla por la que habian de gobernarse sus monges.

Al hablar del monacato me consuela la idea de que soy escuchado por un rey que lleva el dictado de católico, y por varones de saber que han manejado la historia, y que no pueden por lo tanto desconocer los inmensos beneficios, los grandes bienes que de aquellos venerables asilos ha reportado la civilizacion. Pero me escuchan tambien jóvenes que solo conocen la historia del monacato por lo que han leído en cuatro novelas y folletos de escritores, algunos de ellos asalariados por la impiedad, y otros guiados por el espíritu revolucionario del siglo, que se ha propuesto hechar por tierra cuanto de bueno nos legaran nuestros mayores, arrastrando á las sociedades á una funesta anarquía así en el orden civil como en el religioso. ¿Veis esos grandes adelantos que en las ciencias naturales se han hecho en nuestros dias? Pues no lo dudeis: si nos admira su desarrollo, fueron concebidos por esos hombres que la moderna sociedad desprecia. ¿Veis la civilizacion haciendo rápidos progresos en paises hasta hace poco salvajes? El monge católico, el misionero de Jesucristo á costa de su reposo y del sacrificio de su vida, ha llevado á aquellos paises la civilizacion con la Cruz y el Evan-

gelio. Gloria al inmortal Colon que dió un nuevo mundo á la corona de Castilla, pero aun mayor gloria á aquellos religiosos que llenos de abnegacion llevaron la vida al reino de la muerte, la luz á donde estaba el foco de las tinieblas. Jóvenes amantes de la ciencia, que por adelantar un paso en vuestras carreras literarias pasais largas y penosas vigili- as, entrad en nuestras mas ricas bibliotecas y al frente de las obras mas llenas de erudicion, ora traten de teología, leyes ó medicina, bien de geografía, astronomía, filosofía ú otra ciencia cualquiera encontrareis los nombres de monges que las escribieron en el retiro y soledad del claustro. Así podreis dar un solemne mentís á los que por ignorancia ó por malicia quieran haceros ver en los hijos de Benito y de los demas fundadores de las órdenes monásticas, hombres entregados al ocio, inútiles á la sociedad. Modernos reformadores, que os llamais benéficos, poned la mano en vuestro pecho y examinad si os podeis comparar con esos mismos que haceis objeto de vuestros sarcasmos: pero en vano buscaremos en ellos la caridad de un Benito, la humildad de un Francisco de Asís, la misericordia para con los pobres de un Juan de Dios, la sabiduría rectamente dirigida de un Agustin, de un Tomás de Aquino y de tantos imitadores como han tenido en todo tiempo, estos varones ilustres, que para gloria de Dios y bien de la humanidad se formaron en el claustro.

Conozco, Señor, que he hecho una digresion tal vez fuera de orden en mi oracion panegírica; pero no es posible hablar de Benito, sin proclamar muy alto que como Patriarca de las órdenes monásticas en Occidente, ha sido una de esas palancas poderosas

que han sostenido y estendido la civilizacion europea. Los filósofos, que no ven en el hombre mas que los sentidos, miran con desden á los que volviendo las espaldas á los encantos de la sociedad, se sepultan en los claustros, pero el que aprecie la virtud, no puede menos de admirar cuán útiles se hacen desde ellos á la misma sociedad, como coadyuvan á difundir las luces, y cuán grande imperio adquieren sobre sus pasiones por el influjo de la gracia.

Ved á Benito estrechado por una tenaz persecucion sostenida por un mal sacerdote que se vale de todos los medios posibles para desacreditar su naciente instituto. Su esperanza se fija en Dios que sabe desbaratar los planes de los malvados, y por efecto de una inspiracion divina, abandona con sus monges el desierto de Sublayo buscando nuevo asilo en el Monte Casino, donde á mas del título tan honorífico de fundador de una religion tan célebre, habia determinado el Señor adquiriese con justicia el título de celoso apóstol de la doctrina evangélica.

En aquel lugar donde le llama la Providencia, se conservaban aun las reliquias del paganismo. Cerca de la Roma cristiana, aun habia hombres que desconociendo al verdadero Dios se postraban ante la estatua de Apolo, ofreciéndole los homenajes que solo á la divinidad les son debidos.

Pero allí se encuentra Benito, que si no es la luz, está destinado como el Bautista para dar testimonio de la luz. A la voz de los apóstoles, caian por tierra los ídolos, y se estinguió la hoguera de Saturno que se sostenia con toda clase de víctimas, multiplicándose los adoradores del Crucificado del Gólgotha. Así á la voz de Benito, viene por tierra el templo pagano, y

sobre sus ruinas se levanta la casa del verdadero Dios. Allí edifica un monasterio, y con sus consejos saludables, con su predicacion, con el ejemplo de sus virtudes, reorganiza y da vida á aquella sociedad corrompida y degradada. Entonces escribió su regla, esa regla, ilustres caballeros, que conocéis perfectamente y que os habeis obligado á observar en la parte que os pertenece. Esa regla que encierra tesoros de sabiduría, y que debian tener á la vista todos los llamados á legislar ó gobernar los pueblos.

Personajes los mas ilustres de Roma, admirados de la santidad del nuevo instituto, corren presurosos y trocan sus ricos mantos y hermosos brocados por la sencillez de la cogulla.

Es indudable, que de la cristiana educacion de la juventud, pende-la felicidad y el bienestar de las naciones. Los que hoy se entretienen con los juguetes propios de la infancia, serán mañana los que ocupen los mas elevados puestos del Estado: de esa juventud ha de salir el sacerdocio que evangelice, el magisterio que enseñe: los magistrados y jueces que pongan en accion las leyes: ellos, en suma, serán padres de familia que tendrán la mision de formar los corazones de sus hijos. Necesario es, pues, formar antes los de ellos, enseñándoles á dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que pertenece al César. Necesario es inculcarles el respeto al principio de autoridad, y de este modo serán buenos cristianos, honrados y útiles ciudadanos.

Así lo conocia Benito, y por esto llama á sí á la juventud, recibiendo de él educacion los hijos de los cónsules, y los nobles patricios de Roma. Y tales son sus trabajos llevados á cabo por la gloria de Dios y

el bien de sus semejantes, que hombres á quienes nadie hubiera sido capaz de detener en la carrera del mal, caen á sus piés llorando sus errores. Tal fué entre otros el bárbaro Totila, que tiembla ante la presencia del santo monge, el que le predice divinamente inspirado su próxima muerte.

Abrid, señores, la historia que trasmite de una en otra generacion los hechos de Benito y de sus hijos, leedla con atencion é imparcialidad y quedareis maravillados. Cuando parecia que las luces de la ciencia se habian retirado en precipitada fuga del Occidente y aún del Oriente: cuando la Europa era un caos de confusion: cuando el vicio, el desenfreno, la inmoralidad no perdonaba lugar alguno donde no fijase sus redes, cuando la maldad tenia por escabel á la virtud ¿quién sino Benito y sus hijos supieron contener el mal, poner un fuerte dique al error, haciendo mudar de faz á la Europa entera? El medita en la soledad del claustro; conoce que la caridad le estrecha, que no debe trabajar tan solamente para sí mismo, sino en beneficio de sus semejantes y no duda sacrificarse por ellos. Así despues de dejar fundados muchos monasterios que han venido siendo planteles fecundos de sábios y de santos, subió al cielo despues de una muerte tranquila, haciéndose acreedor al elogio consignado en las sagradas letras á favor de Moisés. *Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.*

He concluido, Señor, el panegírico del ilustre San Benito, sin haber podido hacer otra cosa que narrar como de paso sus hechos principales. Si reunimos bajo un solo punto de vista cuanto hemos dicho; si lo vemos imitando á Jesucristo desde sus

primeros años, huyendo del mundo y retirándose al desierto, sufrir con la mayor resignacion la calumnia y perdonar á los que trataban de hacerle víctima de un activo veneno, y si por último, le observamos trabajando con incansable celo en la fundacion de sus monasterios, y estendiendo con su regla y sus apostólicos trabajos la refulgente luz de la civilizacion, no podremos menos de convenir en que el intrépido fundador y propagador del monacato en Occidente fué el reformador de su siglo y un maestro consumado de la perfeccion cristiana.

Señor: que el glorioso Santo objeto de los presentes cultos, siquiera sea en recompensa del noble ejemplo de piedad cristiana que dá V. M. á los españoles viniendo á confundirse con el pueblo, ante el trono de la Magestad divina, proteja al que en la tierra ocupa vuestra augusta Esposa, y alcance las bendiciones del cielo, para nuestra católica reina, para V. M. y el augusto Príncipe de Asturias y toda la real familia: á fin de que esta nacion modelo en todo tiempo de catolicismo y envidia que ha sido de las demas naciones, por la grandeza y el poderío de sus monarcas, por el valor de sus soldados, por lo próspero de su comercio y lo feraz de su suelo, vuelva á elevarse al grado de grandeza y poderío que le corresponde.

Caballeros: que no sea para vosotros una letra muerta la regla de San Benito. En ella si la observais, encontrareis el secreto de ser felices en vuestros respectivos estados. Plegue al Omnipotente que conociendo todos, nuestros verdaderos intereses, trabajemos en la obra de nuestra santificacion, medio único de ser dichosos en el tiempo, y mas dichosos en las mansiones de la eternidad. *He dicho.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.

Cantando al órgano Cecilia, exclamaba: Haz, Señor, mi corazón inmaculado para que no sea confundido.

Antif. de Laud. del oficio de hoy.

Ilustre Asociacion de profesores músicos: Si deseosos de estudiar la historia de la humanidad, y de averiguar el origen de las luchas continuas que vienen agitando sus destinos, tomamos en nuestras manos el libro de la verdad eterna, la carta de Dios á los hombres, la Biblia Santa, no podremos menos de fijar nuestra atencion en el delicioso Edem, morada destinada por el Hacedor Supremo para habitacion y recreo del que formara á su imagen y semejanza. Entre los frondosos arbustos que adornaran aquel lugar de peregrina hermosura, destacaba uno que era el árbol de la ciencia del bien y del

(1) Predicado á la ilustre Asociacion de profesores músicos en la parroquia de S. Ginés de Madrid, año de 1861.